

El jardinero .(Cuento con moralejas)

En un día lejano, hace mucho, mucho tiempo, un jardinero principiante y bastante torpe pasó delante de un hermoso jardín y, viendo que la tranquera estaba abierta, no resistió los deseos de entrar y satisfacer su curiosidad de conocerlo. Deambulando por el jardín encontró, entre todas las flores, plantas y árboles, un arbolito todavía muy joven, resplandeciente y sano, lleno de vida. En sus ramas, entre las hojas verdes y frescas comenzaban a brotar las primeras flores, todas coloridas y exquisitamente perfumadas... Enseguida supo que ese iba a ser su arbolito, el único entre todos los del jardín y claro, se enamoró del él. Pasaba los días contemplando el arbolito, deleitándose con el titilar de sus hojas, el color y el perfume de sus flores. Por diferentes circunstancias aún no dilucidadas del todo, al poco tiempo el jardinero, si bien en contra de su voluntad, se tuvo que ir del jardín viéndose obligado a abandonar su arbolito... La tranquera se cerró detrás de sus espaldas y él comenzó a vagar por todo el mundo conociendo otros jardines y todo tipo de plantas, arbustos, árboles y arbolitos, pero nunca pudo olvidarse de ese primer arbolito que había sido el suyo. Pasaron los años y después de incontables inviernos y primaveras, después de casi toda una vida en el exilio el destino del jardinero lo llevó nuevamente a ese camino que conducía al primer jardín. Entonces, como en el pasado, vio la tranquera nuevamente abierta y sin dudarlo entró. Y allí volvió a encontrar a su arbolito, que claro, ya era un árbol maduro, frondoso, todavía desafiando al tiempo y abrazando al cielo por crecer más y más. Inmediatamente percató que al arbolito, balanceando sus ramas, con la sonrisa de sus flores le daba a entender que también él había reconocido a su antiguo jardinero, la agradable sorpresa que sentía al ver que había vuelto y, además, que no le vendría mal un jardinero para que lo cuide, lo proteja, lo riegue, lo mime... Así que el jardinero, que ya no era inexperto ni tan torpe, feliz de haber vuelto a encontrar a su único arbolito se quedó con él hasta que los dos juntos, arbolito y jardinero llegasen al final de su camino y cumpliesen su destino...

Moralejas: 1/ arbolito, árbol joven y fuerte, árbol maduro, siempre es el mismo y por eso, al verlo jardinero reconoce y ama al arbolito en todas las etapas y en cada minuto de su vida 2/ El arbolito es un todo, algo completo, y no es necesario separar las hojas de las flores, el tronco de las ramas o de la raíz, porque en una hoja, una flor, un pedazo de corteza está presente todo el arbolito. Y también es movimiento y dinamismo, el crecer hacia el cielo o el absorber de la tierra lo necesario para la savia que lo alimentará, el movimiento de sus ramas silbando con el viento, mirando al sol o bailando bajo la lluvia. El arbolito es algo completo e indivisible. 3/ No es suficiente solo el deleitarse con el arbolito. No se puede ser feliz solo, el arbolito necesita al jardinero y el jardinero

necesita al arbolito. La alegría y felicidad del jardinero es la alegría y felicidad del arbolito y viceversa. La alegría y felicidad del arbolito se alimenta de la alegría y felicidad del jardinero... Como podrá ser feliz el jardinero si su arbolito está mustio y triste? Y como puede no marchitarse el arbolito si el jardinero ya no sonrío, ya no es feliz?

Con respecto a la felicidad, creo que el „querer ser feliz” –(a veces a toda costa) es una premisa falsa, tramposa, ya que muchas veces se trata de querer satisfacer una ilusión, un deseo que por ser efímero podrá desembocar en un futuro indefinido de desengaños y frustración. Por eso, la felicidad no consiste en querer ser feliz, sino en vivir de manera que en el otro siempre brille la sonrisa que nos hará felices.

El amor debería ser la antípoda del egoísmo. El que es egoísta busca solamente su propio placer apelando a su propia “felicidad”, pero así lo más probable es que no la encuentre nunca. La felicidad de cada uno depende de la felicidad y de la alegría, de la armonía del espíritu de aquel a quien ama, y si no es así ya no es amor, o en todo caso es un amor deforme y mal interpretado que en vez de construir, poco a poco destruye. El amor que destruye es el amor a sí mismo, el egoísmo, el amor que quiere y exige la felicidad para su propia satisfacción. La característica y la esencia del amor. en cambio, es que se proyecta y construye, nunca destruye. Si “amamos” una planta, seremos felices en la medida que la planta florezca, se desarrolle sanamente y reluzca al sol, para eso la cuidamos, la regamos, la ponemos a la luz, le removemos la tierra, y si es necesario la podamos y la fumigamos... La sonrisa, la felicidad del otro nos hace más felices... Construir la felicidad del otro, del que amamos, eso se llamaría amor... y no implica ningún sacrificio, como muchos creen, porque es algo retroactivo ya que la propia felicidad se alimenta de la del otro. ¿Cómo se puede ser feliz si no lo es también aquel a quien amamos? ¿Y como no se puede ser feliz viendo la sonrisa satisfecha, sincera y plena de aquel que amamos?

José Luis